

Elogio de la provincia

Por JESUS ZAVALA

= Envío del autor. México, D. P. México =

Un insigne escritor, Carlyle, ha afirmado que la sal de la vida está en la provincia y no en la ciudad. ¿Querria decir con esto el autor de **Los Héroes** que la provincia es la progenitora y la modeladora de las fuerzas vivas de una nación, de todo lo que constituye su grandeza material, moral e intelectual, y que la metrópoli es el camarín de nuestras vanidades? ¡Ah, la provincia tan amada y menospreciada a un tiempo mismo! Y, sin embargo, la provincia es el alma de todos nuestros anhelos, de todas nuestras inquietudes. Por ella bregamos y tendemos a realizar nuestros más caros ideales. No nos avergonzamos de apellidarnos provincianos. Por el contrario, nos enorgullecemos de ello. Ella es la madre amorosa que a cada instante nos conforta con su recuerdo y que, en nuestras lividas horas de quebranto, nos sonríe a través de la distancia. Con razón Mistral; el sublime cantor de Mireya, hubo de llamarle *matria*.

¡Matria! Nombre augusto que nuestros labios, presas de amor y veneración, apenas osan pronunciar. ¡Matria!, que es como si dijéramos: madre tierra, madre amorosa, madre pía. Y ¿quién podrá negar que la provincia es realmente para nosotros una madre? En ella nacimos, en ella, por primera vez, se inundaron de luz nuestros ojos, en ella ensayamos nuestros vuelos. En una palabra, ella ha sido la sublime escultora de nuestros espíritus.

Un día nuestra ansia de liberación y nuestra sed de gloria nos inducen a ausentarnos. Y no aprendemos a amarla sino cuando nos encontramos lejos de ella. Entonces es cuando la estimamos en toda su grandeza, comprendemos lo que significa y aspiramos a honrarla. Entonces es cuando brota en nuestros labios, con voz de exultación, la palabra filial devotamente pronunciada: ¡madre!

¡Ah, la provincia! Sencilla y apacible, transparente y cordial, amorosa y risueña, a la vez que pletórica de tradición y de leyenda, de dones materiales, pero sobre todo de espiritualidad y de belleza. Si en ocasiones nos parece un poco triste, su melancolía es saludable. Carece del dejo de amargo de las infusiones acres.

Es sencilla y apacible, transparente y cordial, y amorosa y risueña, como lo son sus mujeres y las rosas de sus jardines. Sus mujeres cuyas "plantas no están hechas para los bailes frívolos del mundo, sino para subir por el calvario", y que, como el mismo poeta de "La Sangre Devota" dijera, son:

Vasos de devoción, arcas piadosas
en que el amor jamás se contamina;
jarras cuyas paredes olorosas
dan al agua frescura campesina...

Sus mujeres, cuya pureza nítida no empaña el sedimento terroso de la metrópoli, y sus rosas cuyo aroma sutil nos da una sensación de bienestar sereno.

Pletórica de tradición y de leyenda, que es como si dijéramos, de poesía. La poesía que es la gracia, el don máspreciado del espíritu. Si la tradición y la leyenda hallan-se impregnadas de romanticismo, no por eso dejan de ser el lazo que une el pasado con el porvenir, la cadena irrompible de las ac-

ciones humanas, aureolada con el fulgor de la belleza.

Superabundante de dones materiales, pero sobre todo de espiritualidad y de belleza, porque, en efecto, ella es la progenitora y la modeladora de nuestras fuerzas vivas. En silencio descubre los tesoros naturales, en silencio los explota y en silencio los transforma. En silencio labora... En silencio estudia y medita, y en silencio crea la belleza. Esculpe su propia alma. Y así, en silencio, despliega los nevados abanicos de sus alas y, como la victoria de Samotracia, endereza su propia nave hacia la sombra del olivo. Ella, a la vez que vela por sí misma, es la mano pródiga de la metrópoli.

En provincia, mientras unos laboran serena y prácticamente, rigiendo los destinos y procurando el engrandecimiento material de las poblaciones, en una palabra, modelando el cuerpo, otros que saben que el verdadero bien del hombre está en la parte que difiere del animal, que nuestra esencia es aquella de que se hacen los sueños—según Shakespeare—y que a la vez que sueñan son profundos e impetuosos, nos infunden la fe, la voluntad de amar y de creer; pero unos y otros, al parecer separados, trabajan de consuno, armónicamente, en la consecución de un mismo fin, en la formación del alma provinciana. Los primeros son aquellos que, como nuestros gobernantes verdaderos y nuestros obreros y campesinos, cultivan el solar na-

tivo y lo transforman, no olvidan que el hombre no ha nacido para vivir como un hongo y morir donde nació, sin dejar el menor rastro de su vida y de sus obras—según el sentir de Goethe—, y los segundos, aquellos que, como nuestros hombres de ciencia y nuestros artistas, constituyen la flor más rica de nuestra espiritualidad. ¿Que por lo general estos últimos son los hijos pródigos del terruño? Es verdad; pero también los más adictos y amorosos. La flor perfuma y su perfume se difunde en el ambiente. Con él vuela nuestra espiritualidad, pregonando nuestra grandeza.

Y ahora es preciso que no desmayemos en la realización de lo que pudiéramos llamar nuestra obra maestra, la creación del alma provinciana. Para ello es menester que hagamos caso omiso de todo género de disensiones; que laboremos unidos, enlazados por un solo ideal. Sólo de esta manera, inspirados por una generosa fraternidad y una mutua confianza, laborando de consuno, "más ricos de voluntad que de dinero", y movidos por una sola aspiración, por aquel amor que Taine hubo de apellidar municipal con todo acierto, lograremos consolidar nuestra grandeza y superarnos cada vez más y más.

¡Que cuando se trate de honrar a la provincia lo hagamos unidos en apretado haz, armónicamente! ¡Que como los habitantes de Florencia, bajo la potestad de aquel noble y magnífico Lorenzo de Médicis, cooperemos cada uno en la realización de nuestros anhelos, estimulándonos los unos a los otros! ¡Y que donde quiera que nos encontremos, ausentes o presentes, sintamos hervir en nuestras venas el noble orgullo de llamarnos a nosotros mismos provincianos!

Tres glosas

Por A. H. PALLAIS, Pbro.

= Envío del autor. León de Nicaragua. Abril de 1936 =

La glosa de los aduladores

Dicen que yo dije—y creo que es verdad—que, la mayor parte del tiempo, nuestros llamados gobiernos centroamericanos (Costa Rica no está en Centro América) eran una inacabable conjugación del verbo robar. Si acaso no lo dije, lo puedo decir, porque es verdad; y también porque desde que nuestro Señor Jesucristo murió sobre la cruz en aquel Viernes Santo, ya no hay verdad que no pueda ser dicha. Los aduladores no quieren que la verdad sea dicha... porque, el señor Presidente y el hermano del señor Presidente y el sobrino del señor Presidente y el primo del señor Presidente, etcétera, etcétera; pero los cristianos, las dijimos esas verdades, las decimos y las diremos, a pesar de todos los aduladores del mundo.

Los aduladores dicen que la autoridad es inseparable de la persona que la ejerce; pero nuestro Señor Jesucristo nos dijo—único verdadero decir—que su Reino no es de este mundo, para decirnos, que, como la mayor parte del tiempo, los reinos de este mundo,

están y son en la injusticia, por eso su Reino no es de este mundo.

También nos dijo: "No queráis mandar como acostumbran mandar los príncipes de este mundo". Para decirnos que casi siempre—un San Fernando, un San Luis, un Cisneros, una Isabel la Católica, un Washington, son excepciones—los príncipes de este mundo son lobos y madrastras. Casi siempre, los príncipes de este mundo mandan, como mandaban ayer en Méjico, Calles Siete Perros y Garrado Canibal—mordedura de los jabalíes—; como mandan hoy también en Méjico, Cárdenas y Portes Gil, ese de las serpientes. Pero dicen los aduladores que Calles y Garrado y Cárdenas y Portes Gil son inseparables de la autoridad por ellos ejercida y entonces sí que la autoridad sería pésima.

No hay cuidado sin embargo. La autoridad es pura y santa, aunque acostumbren ejercerla tan mal, muchos de los príncipes de este mundo.

La glosa de las manos que estaban tocando piano, así como yo quería

Manos silenciosas que casi no tocan y sin embargo, cómo y cuánto tocan; manos volanderas fuera de la tierra; manos buceras que danzan sobre las teclas, la danza de las

perlas; manos sacras—cinco lirios—para tocar en el coro de los arcángeles, delante de la Llena de Gracia.

Y al mismo tiempo, así se toca: manos sa-